

# ENTREVISTAS



► Obra: Cotidiana  
Autora: Lauren YS  
Ubicación: Asian American Cultural Center, Estados Unidos

## Vislumbrando la gestión gremial significativa del Trabajo Social en el Sur Global.

Entrevista al profesor Juan Manuel Latorre Carvajal



El profesor Juan Manuel Latorre Carvajal nació en la zona rural del municipio de Pamplona, Norte de Santander. Es trabajador social, egresado de la Universidad Industrial de Santander (UIS) (1967-1971), y magíster en Estudios de Población por la Pontificia Universidad Javeriana (1984-1986). Su labor como docente e investigador, que se extiende por más de 53 años, fue reconocida en 1991 con el Premio Eloy Valenzuela —otorgado por la UIS— a la mejor investigación en Ciencias Sociales.

A lo largo de su carrera ha ocupado cargos en los sectores público y privado. Fue secretario de Educación de Bucaramanga (1993-1994), secretario de Educación de Santander (1996-1997) y gobernador encargado del departamento de Santander por periodos cortos (1997). En la UIS se desempeñó como jefe del Departamento de Ciencias Sociales, coordinador de la Escuela de Trabajo Social y director de la Dirección General de Regionalización de la UIS. A su vez, ha sido profesor y coordinador en instituciones como la Universidad Autónoma de Bucaramanga, la Universidad de los Andes, la Universidad Santo Tomás y la Universidad Cooperativa de Colombia.

De igual modo, ha sido miembro activo de organismos como la Federación Colombiana de Trabajadores Sociales (FECTS) (1988-1992), de la cual fue presidente (1990-1992), la Asociación de Trabajadores Sociales de Santander (ATSSAN) (1989-1990), la Asociación Latinoamericana de Escuelas de Trabajo Social (ALAEETS) (1983-1986), la Asociación Latinoamericana de Enseñanza e Investigación en Trabajo Social (ALAEITS) —en la que fue representante andino—, el Consejo Nacional para la Educación en Trabajo Social (CONETS) —en donde ejerció como presidente— y

la Federación Internacional de Trabajadores Sociales (FITS) —ocupando el cargo de vicepresidente para América Latina— (1998-2002).

Entre sus principales temas de reflexión e interés se destacan la teoría y la praxis en Trabajo Social; la organización y la acción gremial profesional; la participación social; la praxis comunitaria; la calidad en la formación profesional; la intervención social, los derechos, la participación y la práctica profesional; el pensamiento de Gramsci y el Trabajo Social. Ha liderado investigaciones sobre desplazamiento forzado, condiciones laborales en el sector informal y seguridad social.

Su compromiso con la transformación social y la educación lo han convertido en una figura influyente en la implementación de políticas públicas y en la formación de nuevas generaciones de trabajadores sociales en Colombia.

En esta oportunidad el profesor Juan Manuel Latorre Carvajal, la profesora Maira Judith Contreras Santos y el profesor Borja Castro Serrano sostienen una conversación acerca de los desafíos pedagógicos, al igual que de la necesaria y constante reconceptualización del Trabajo Social que cuestiona la academia, así como las vigentes condiciones adversas que rodean a la sociedad y a la naturaleza.

**Juan Manuel Latorre Carvajal (JMLC):** bueno, quiero expresar mi profundo agradecimiento a la profesora Maira por haberme tenido en cuenta para esta entrevista. En verdad, valoro muchísimo el trabajo que usted ha venido desarrollando desde hace tiempo, incluso desde cuando fue nuestra estudiante en la Escuela de Trabajo Social y, ahora, como docente de la Universidad Nacional de Colombia. Usted ha construido un recorrido profesional de altísimo nivel, con múltiples responsabilidades. Soy testigo de sus obras, de sus emprendimientos, de su trabajo comprometido, y creo que ha dejado una impronta muy importante en la profesión, en la formación académica en Trabajo Social y, por supuesto, en las instituciones en las que ha trabajado, especialmente en la Universidad Nacional de Colombia.

Al profesor Borja también quiero agradecerle su deferencia al acompañarnos y estar con nosotros como editor invitado en este número de la revista Trabajo Social. Es un placer conocerlo. He tenido referencias

de su nombre a través de publicaciones en las que están inscritos algunos de sus valiosos aportes intelectuales.

Así que bienvenidos a este espacio. Muchísimas gracias, y espero de corazón que todo salga muy bien.

[ 252 ]

**Borja Castro Serrano (BCS):** agradezco compartir este espacio con el profesor Juan Manuel puesto que escucho y aprendo de su trayectoria, sobre todo porque pienso que Chile, aunque cuenta con apertura económica, no está tan abierto al contacto con otras partes del mundo. Entonces, profesor Juan Manuel, sus aportes son muy interesantes en un contexto de plena debacle mundial que, sin ser pesimista, me invita a preguntarle: ¿cómo el contexto geopolítico afecta o nutre al Trabajo Social y a otras disciplinas de las Ciencias Sociales?

**JMLC:** creo que debemos movernos entre el pesimismo y la esperanza, sin dejarnos atrapar por el pesimismo. Esta actitud responde a las dinámicas sociales y geopolíticas actuales, marcadas por el surgimiento del neofascismo y la persistencia de un sistema económico-político que agrava las condiciones de desigualdad causadas por la acumulación capitalista y la pérdida del valor y del respeto por la vida humana y natural. Entonces, hablamos de una crisis civilizatoria, un momento que sirve de punto de partida para reflexionar acerca de qué podemos hacer quienes participamos de una ideología diferente, es decir, desde la ideología de la preservación humana, con condiciones de vida dignas.

En ese contexto, las Ciencias Humanas y Sociales corren peligro ante, por ejemplo, las políticas regresivas de Donald Trump o las políticas de desfinanciamiento de la educación universitaria que generan debilitamiento de la investigación. Entonces, las Ciencias Humanas, aunque afectadas por el modelo moderno occidental dominante, son fundamentales para promover el pensamiento crítico. Pese a este pesimismo, el escenario nos invita mantener la esperanza, a confiar en que la sociedad civil organizada pueda transformar la conciencia colectiva y promover acciones que defiendan la vida en libertad frente a las lógicas del sistema económico capitalista.

**Maira Judith Contreras Santos (MJCS):** en ese contexto general, ¿es gratuita la desvalorización de la educación superior pública? ¿Cómo se podría interpretar esa desvalorización? ¿Cómo se ubican los movi-

mientos en defensa de la educación superior pública ante la paulatina desvalorización de esta?

**BCS:** También suscribo lo expresado por el profesor Juan Manuel, pues lo más complejo hoy es, justamente, el binomio pesimismo-esperanza, un binomio que, para Freire, es opresión-esperanza o, en Trabajo Social, puede ser normalización-transformación. En este contexto, la universidad se halla en un momento reactivo ante las condiciones geopolíticas expresadas, por ejemplo, en Chile donde se presentan dos movimientos de extrema derecha en las elecciones recientes. Este hecho representa la punta del *iceberg* de un fenómeno más amplio o de cómo los pueblos, con una postura spinozista, terminan ahogados por una “servidumbre voluntaria”, como ha ocurrido en los procesos electorales que llevaron al poder a Trump, Javier Milei o Nayib Bukele.

Frente a este contexto, resulta imprescindible plantear preguntas como quiénes formamos y nos desempeñamos en la academia; quiénes intervienen desde los Estados en los programas sociales y en las labores que asumen lxs trabajadores sociales que nosotros mismos formamos. Por ello, profesor Juan Manuel, quisiera saber ¿cómo visualiza usted el complejo campo de formación en trabajo social?

**JMLC:** Estaba recordando lo que ha sido mi recorrido por las aulas universitarias, siempre adscrito a la Escuela de Trabajo Social. Tengo setenta y siete años y, al pensar en mis estudios —que entonces se denominaban “servicio social”—, recuerdo las dificultades que enfrenté para ingresar a una disciplina ofrecida exclusivamente para mujeres. Junto con dos compañeros, logramos convencer a las autoridades universitarias de que los hombres no debíamos ser excluidos de la formación en Servicio Social. Una vez dentro de la escuela, me encontré con un *currículum* completamente fundado en el positivismo, influenciado por el pensamiento europeo y norteamericano. La profundización teórica era mínima, apenas una introducción a conceptos sueltos que se anotaban, memorizaban y recitaban para aprobar materias. No existía una preocupación por el análisis societario ni por los procesos de transformación social, y mucho menos por vincular la profesión a dichos procesos.

Se hablaba de solucionar problemas, principalmente de índole individual. Por eso, se acentuaba la formación en psicología y antropología

cultural, mientras que disciplinas como la sociología, la ciencia política o la filosofía apenas se abordaban. Esto reflejaba una escuela diseñada para mantener el *statu quo*, bajo la idea de que los problemas son generados por los individuos y que la solución era adaptarlos a un orden social que algunos percibíamos como desigual e injusto. Como respuesta a esto, surgió el movimiento de *reconceptualización*, que propuso otro tejido epistemológico para fundamentar al Trabajo Social, en lo referente a la formación profesional y a su finalidad transformadora.

Sabemos que la reconceptualización se originó en los países del Sur —Brasil, Chile, Argentina, Uruguay y, en menor medida, en Perú—. A su vez, influyó en la configuración del Centro Latinoamericano de Trabajo Social (CELATS). En la UIS, este movimiento ingresó a la Escuela a través de estudiantes que buscábamos establecer una relación con lo político, con la esperanza de transformación social. Esto implicó la necesidad de un cambio curricular total, que gestara un salto de la formación estructural, funcionalista y positivista a la formación materialista, histórica y dialéctica. Se trataba de un movimiento que, desde diferentes vertientes, buscaba instaurar procesos influidos por la teoría marxista. Cabe reconocer que esta no fue la única corriente presente, sino que coexistieron diversas ideologías y formas de pensamiento, aunque todas ellas de concepción sociotransformadora.

Ciertamente, todas compartían la intención de vincular el Trabajo Social con los procesos de transformación social. A partir de ello, la escuela empezó a implementar cambios que posibilitaron la inclusión de materias como Ciencia Jurídica, Filosofía e Historia Social. En 1961, dichos cambios generaron una fuerte persecución del andamiaje académico-administrativo, la cual, en 1973, derivó en una “purga” al interior de la Escuela, estrechamente ligada al contexto del movimiento social universitario, entonces muy activo en la UIS. Aquí cabe recordar cómo en esta universidad se han promovido movimientos estudiantiles en defensa de la educación pública, que en algunos casos fueron asociados a procesos insurgentes como el nacimiento del Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Además, existía la Asociación Universitaria de Santander (AUDESA) que era la organización estudiantil más fuerte del momento, conformada por Jaime Arenas, quien fue un promotor de ese movimiento

guerrillero en el ámbito urbano. Estas incidencias provocaron que, por ejemplo, yo fuera destituido de la UIS, ya que me consideraban un subversivo vinculado a un movimiento latinoamericano que, supuestamente, buscaba destruir la sociedad y formar guerrilleros. Esto produjo la salida de más de treinta y dos estudiantes de la Escuela de Trabajo Social. Luego de año y medio, regresé a la Universidad, pues el Consejo Superior de la UIS, tras un extenso proceso investigativo, determinó que mi expulsión se impuso por razones de orden político. Retorné a la Universidad en 1975 e intenté retomar la concepción transformadora del Trabajo Social que habíamos defendido. Este ha sido mi quehacer hasta el presente pues considero que las universidades, en su actual modelo, continúan siendo conservadoras, fundadas en cánones positivistas y guiados por lineamientos internacionales que responden a lógicas de colonización.

[ 255 ]

Entonces, nos encontramos en un escenario donde son pocas las mentalidades que pugnan por un tipo diferente de educación, con contenidos y formación que permitan forjar profesionales con compromiso transformador. Por ello, creo firmemente que, desde la enseñanza, desde la educación, desde la transferencia y distribución crítica de conocimientos, es posible formar mentes diferentes. No profesionales que busquen un salario o que entiendan su profesión como una serie de técnicas operativas, sino trabajadores sociales conscientes del poder transformador de su quehacer. En este sentido, como docentes y sujetos políticos, tenemos incidencia en esos cambios y en los procesos de reconfiguración que apuntan a robustecer la subjetividad colectiva transformadora que, sin ser homogénea, reconozca y valore la diversidad social.

**BCS:** Quiero hacerle una doble pregunta acerca de lo que señalas. Por un lado, una veta histórica de la reconceptualización, porque soy muy amante de Marx, no necesariamente del marxismo, y además tengo lecturas de los postestructuralistas, cuya mirada es bastante *sui generis*; entonces, lo que quiero decir respecto al movimiento de la reconceptualización, al que le tengo cierta distancia crítica, es que siempre compartió escenario con otras posturas. En ese sentido, ¿cómo viviste esa época, qué posturas corrían? Por otro lado, si estamos de acuerdo en que las universidades, como instituciones, son máquinas neoliberales que, de

[ 256 ]

una u otra forma, siguen siendo conservadoras, y que, por mucho que Harvard hoy le esté dando batalla a Trump, deben librar sus propias batallas; entonces, si pensamos en clave de prácticas menores, al estilo guattariano-deleuziano, ¿será este tipo de prácticas las que nos pueden oxigenar en un momento de ahogo total? Por ejemplo, el quehacer formador de pedagogos como Freire, como Fernand Deligny.

**MJCS:** o el quehacer de nosotrxs mismxs... Lxs trabajadores sociales hemos intervenido, pero no hemos conceptualizado tanto como deberíamos. Incluso, otrxs publicaron nuestros procesos y son referentes latinoamericanos que terminaron o vienen invisibilizándonos. Esto evidencia una obligación pendiente con el Trabajo Social y, por esta senda, con sociedades y prácticas a distintas escalas.

**JMLC:** sobre el tema de la reconceptualización podría decir mucho. Estoy evocando mi acercamiento al movimiento y las limitantes comunicacionales que presentó, pues vale recordar que, en la década de 1970, no contábamos con los medios que hoy posibilitan los encuentros. Contábamos, por ejemplo, con la carta escrita a máquina, el telegrama, la llamada telefónica. Teníamos muchas restricciones como la escasa difusión de los conocimientos en revistas académicas. Conseguir un libro era costoso. Sin embargo, hubo posibilidades. Me conecté, en parte, al movimiento captando lo que venía de Sudamérica. Lo compartíamos con compañerxs y la audiencia fue creciendo poco a poco. Esto nos animaba a pensar que era posible aspirar a cambiar la formación profesional para contribuir en la transformación social estructural.

Lamentablemente, esa emotividad, digámoslo así, de conectarnos a ese movimiento, sumada a la emotividad juvenil, quizás nos condujo a una comprensión limitada de Marx. Por otro lado, nos conectamos con la idea de que la sociedad colombiana debía transformarse del capitalismo al socialismo o al comunismo, basándonos en conceptos como *modos de producción y formaciones sociales* derivados de la lectura marxista. Pero el problema fue que, para nosotros, el socialismo-comunismo estaba representado por la sociedad soviética o la china, y la estrategia era cubana. Entonces comenzó una mezcla muy complicada, y nos preguntábamos: ¿nosotros qué hacemos ahí? ¿Qué podemos hacer y cómo hacerlo? Pensamos que nuestro papel era

insertarnos en el proletariado, acompañar a la clase trabajadora sin comprender del todo los alcances del concepto “proletariado” como clase trabajadora explotada, dominada y oprimida. A todo esto, unimos unos supuestos deseos de transformación social, junto con la idea de un mundo popular en el que, supuestamente, existían proyectos de transformación social.

[ 257 ]

Todo esto se convirtió, como decimos aquí en Colombia, en un “sancocho de ideas”, un revuelto de ideas que terminó llevándonos a pensar que nuestro trabajo era estrictamente militante y políticamente adscrito a una ideología de transformación hacia el socialismo o el comunismo. En ese contexto, nos concebíamos casi como líderes con una apuesta mesiánica. Más adelante ingresó la noción de “agente de cambio”, una idea promovida desde Norteamérica que proponía el trabajo comunitario como impronta del Trabajo Social en América Latina. Así, comenzamos a pensarnos como transformadores de la sociedad, lo que resultó ser un gran equívoco, una resignificación del Trabajo Social que dejó huellas profundas. La reconceptualización removió los cimientos de una profesión estructurada en países ajenos a América Latina, y esa remoción nos impulsó a considerar otras alternativas y posibilidades profesionales.

Caímos en confusiones y equívocos, promovidos por algunos reconceptualizadores que creyeron que nuestro oficio se limitaba a la militancia política. Sin embargo, una cosa es la militancia política y otra nuestra profesión, que, si bien tiene una fuerte dimensión política en su praxeológica, no se reduce a un ejercicio partidista. Entonces, modificamos incluso el mensaje freireano: transformamos la educación y el trabajo con sectores populares en una suerte de adoctrinamiento que desconocía la realidad concreta de las personas involucradas. Ese fue un equívoco enorme. Ahora, ¿qué nos ayudó a comenzar a salir del equívoco? Nuestra relación con Orlando Fals Borda, María Cristina Salazar, Clara María García y Flor Prieto de Suárez, todas figuras vinculadas a la Universidad Nacional de Colombia.

Ese trabajo que realizó Orlando Fals Borda inicialmente denominado “investigación militante”, “investigación y acción social”, dio paso a lo que se consolidó como investigación, acción participativa (IAP). Los planteamientos que ellos desarrollaban fueron fundamentales, pues, en

[ 258 ]

medio de la confusión que teníamos sobre cómo ser transformadores, llegamos a un punto ciego. Fue entonces cuando empezamos a preguntarnos ¿cuáles son las metodologías con las que podemos trabajar? En ese momento, la IAP comenzó a surgir para nosotros como una metodología asimilable en el Trabajo Social para adelantar un trabajo comunitario diferente a ese trabajo comunitario desarrollista, que servía al progreso y al desarrollo capitalista.

Ese trabajo comunitario norteamericano implicaba desempeñar un papel de intelectuales que buscaba cambiar la mentalidad de campesinos, trabajadores urbanos, etc., al servicio de los procesos de industrialización incipiente y de mecanización de la agricultura. Y ese no era nuestro objetivo, porque pensábamos que respondía a un modelo impuesto por el capitalismo internacional que, bajo el argumento de que éramos países subdesarrollados, pretendía llevarnos a ser esa sociedad del desarrollo y del consumo en masa que plantea W. W. Rostow. En este sentido, la IAP nos permitió entender un poco mejor qué podía hacer el Trabajo Social en cuanto su compromiso con procesos de transformación social.

Todo eso fue acompañado por la lectura de Freire, que para nosotros constituyó un asunto crucial en nuestros planteamientos investigativos y pedagógicos. Por ejemplo, con la *investigación temática*: un instrumento para la alfabetización de adultos guiado por una crítica radical que cuestionaba las raíces de la problemática social. Entonces, aunque tengo muchas críticas a lo que se hizo en el movimiento de reconceptualización, reconozco la remoción que produjo en los cimientos de un Trabajo Social anquilosado, funcionalista y adscrito a los intereses de la hegemonía dominante. Por lo tanto, valoro y resignifico el trabajo de quienes, supe por mi experiencia con ALAETS y CELATS, expusieron sus vidas en condiciones dictatoriales sumamente feroces, muchos de ellos exiliados o asesinados por intentar dejarnos posibilidades de quehaceres profesionales distintos al que se ejercía en ese momento.

En segundo lugar, respecto al tema de las prácticas —eso que tú llamas “prácticas menores”, profesor Borja—, propongo que abandonemos la idea de las grandes transformaciones futuras y dejemos de pensarnos como los sujetos que tienen todo para implementarlas. Esto fue un equívoco, pues ninguna profesión transforma la realidad social por

sí sola y en su conjunto. Las transformaciones sociales las realizan las poblaciones organizadas y movilizadas en torno a objetivos específicos de cambio. De eso estoy convencido, aunque puedo estar equivocado. ¿Qué puede hacer la profesión? Debe entenderse como un actuar fundamentado epistemológica y teóricamente, situado y contextualizado; esto no significa reducido exclusivamente a lo micro, como a veces se interpreta, ni desconectado de la totalidad social. Así lo comprendo yo, y es desde ahí que cobra sentido ese concepto tan discutido de la intervención social.

[ 259 ]

Nuestra intervención debe ser una intervención fundamentada y situada en un lugar específico, con un colectivo poblacional determinado. Es ahí donde, a mi juicio, reside el aporte práctico de la profesión, más allá del aporte que podamos brindar a la formación de profesionales. Considero que está ligado a pensar nuestro trabajo como la siembra de semillas en terrenos pequeños, que ayudamos a abonar con los insumos provenientes de las mismas poblaciones que enfrentan determinado tipo de problemáticas o consecuencias de la cuestión social. De otra manera, se trata de imaginar políticas públicas que contemplen las problemáticas sociales reales de los colectivos poblacionales, y no solamente los intereses corporativistas o gremiales que conforman la hegemonía política económica. Eso es lo que pienso que podemos hacer.

**MJCS:** hemos sostenido discusiones sobre esos temas con quienes, por ejemplo, están celebrando los 100 años del natalicio de Orlando Fals Borda. Reconocemos a Fals Borda, no como un iluminado, sino como una persona que recopiló y procesó aportes de comunidades vulneradas y campos (in)disciplinados, entre ellos del Trabajo Social, e igualmente de mujeres como María Cristina Salazar. De manera semejante, nos acercamos a Freire. Hoy es justo registrar los aportes de exs sujetos colectivos y de tales dominios a las gestaciones de métodos como la investigación acción participativa o la educación popular. En mi criterio, aún existen contribuciones por estudiar. De otro lado, en confluencia con las prácticas menores, con Fals Borda o con Freire, unx todavía se pregunta cómo esos planteamientos locales resuenan en incontables territorios y qué acciones se podrían retomar o impulsar en el Trabajo Social para proseguir con estos avances.

[ 260 ]

**BCS:** yo quiero agregar a lo que dice la profesora Maira, incorporando el contexto chileno respecto a la presencia de autores como Fals Borda o Freire en el contexto latinoamericano. En Chile contamos con filósofos de gran relevancia; sin embargo, fueron las mujeres del Trabajo Social quienes, durante la dictadura —cuando se cerró la Universidad de Chile y la Escuela de Trabajo Social entre 1973 y 1975, y que recién se reabrió luego de 40 años—, asumieron la tarea de registrar los relatos de personas torturadas. En ese sentido, existe una reivindicación escritural que se relaciona con la reescritura misma de la intervención del Trabajo Social. El trabajo que hacía Vicente Paula Faleiros también fue clave al mostrar la articulación entre Trabajo Social y las instituciones, y al destacar la potencia del movimiento de reconceptualización. Como bien señaló el profesor Juan Manuel, la Escuela de Trabajo Social estuvo históricamente conformada en gran parte por mujeres. Los escritos de las trabajadoras —las visitadoras sociales de los años 30 en Chile— dan cuenta de una profesión feminizada, que ha sido poco visibilizada. Por eso, quiero resaltar la importancia de las revistas, plataformas escriturales que permiten reivindicar la profesión y mostrar las particularidades de contextos situados, como el chileno durante la dictadura o el contexto colombiano con fenómenos sociales como las guerrillas. Cada uno configura campos de análisis distintos.

**JMLC:** profesor Borja, usted me hizo recordar momentos en los que tuve algún tipo de contacto histórico con colegas chilenas. Estaba tratando, hace un momento, de evocar y visualizar aquí en la biblioteca una revista que conocí, escrita en la clandestinidad pero apoyada por la Vicaría de la Solidaridad, un colectivo de sacerdotes que colaboraba con las causas antidictaduras y que, de alguna manera, protegía procesos sociales de defensa de los derechos humanos en las colectividades del pueblo chileno. Me llamó poderosamente la atención ver que esa revista contenía artículos contestatarios y bien fundamentados, pero que no fue visibilizado en su momento debido a la situación política en Chile y, también, porque estaba íntegramente escrito por mujeres. Tuve la oportunidad de conocer en un evento a la persona encargada de su edición —no recuerdo ahora el título de la revista, pero la tengo aquí en mi biblioteca y la considero un tesoro—, que muestra con claridad

lo que estaba ocurriendo en Chile, el papel del Trabajo Social y la incidencia de las mujeres desde la clandestinidad.

Ahora, en la línea de lo que plantea Maira, quisiera reaccionar diciendo que yo no considero a Fals Borda un iluminado. Para mí, es un intelectual que rompió con elementos fundamentales de su formación y filiación religiosa para aportar a las posibilidades de transformación de la sociedad colombiana. Lo veo como una fuente más de conocimiento que nos aportó herramientas para destrabar nuestro quehacer a partir de la IAP. Cabe señalar que mencioné en dos oportunidades a María Cristina Salazar, porque ella jugó un papel fundamental, al igual que otras mujeres como Virginia Gutiérrez de Pineda, quienes, desde distintos campos, contribuyeron significativamente, pero fueron poco reconocidas debido a las relaciones patriarcales, a una división social del trabajo que las clasifica en el ámbito doméstico. Me formé y he trabajado entre mujeres, y reconozco su importancia. De hecho, muchas experiencias están sustentadas en la vida misma de las mujeres, en condiciones de dominación, de explotación, etc. Por eso, rescato a figuras como Clara María, Juanita, Yolanda Puyana, María Himelda, entre otras, quienes hacen parte de la Universidad Nacional de Colombia y, en toda América Latina, han sido clave en el desarrollo de una crítica profunda al tema colonial.

**MJCS:** Sí, hombres y mujeres académicxs que aprenden de las comunidades de base. Verbigracia, de las iniciativas sociales de la acción comunal o de las madres comunitarias que, posteriormente, fueron institucionalizadas o analizadas por académicxs. Además, ese tipo de ejercicios, no solo reivindica a las mujeres, sino también a los sectores más vulnerados de nuestras sociedades. En este trasegar, aún tenemos asuntos inconclusos. Por ejemplo, los legados en torno a los referentes de la relación naturaleza-sociedad que todavía no reivindicamos de nuestros predecesores. Agregaría que, a veces, planteamos temas “innovadores” olvidando reconocer contribuciones ancestrales, entre ellos los asuntos referidos a las Epistemologías del Sur que, si bien parecen inéditas porque son de reciente “etiqueta”, nacieron hace siglos en estas latitudes. Con esto quiero problematizar la (des-re)ubicación de la academia en esta región, sus funciones y las miradas, conservadoras o no, que conlleva para (des)legitimar modelos de sociedad, estado o mercado

en detrimento de otros. Pero también para pensar la universidad como un espacio en el cual germinan semillas que trascienden esos modelos. En este sentido, ¿cómo observa esos movimientos por la educación superior y al Trabajo Social?

[ 262 ]

**JMLC:** creo que no me equivoco si digo que, cada uno de los que ingresamos a la universidad como estudiantes y, seguramente luego como profesores, fuimos o somos mundos distintos que convivieron dentro de la institución; una diversidad de mundos en la universidad, es decir, seres corpóreos productos de una historia, cuya mentalidad puede ser funcional para el sistema universitario, pero que también puede estar ubicada en un mundo externo que la universidad no conoce. Eso es algo que lamento de la institución académica, que se encuentre en una urna de cristal, separada de las problemáticas externas en las que se dan las dinámicas universitarias.

Entonces, no es que la institucionalidad haya permitido el ingreso de otras epistemologías, otras formas de pensar, de hacer conocimiento, de ser, de estar, de vivir en este mundo, sino que esas nuevas ideas o formas han entrado a través de lxs docentes, de su historia, de su formación sociohistórica, y eso incide en las discusiones, en las conversaciones, en los análisis en clase, en los planteamientos de investigación. De ahí que resulte necesaria una popularización de la vida académica, con el fin de acercarla a ese contexto social en que se inscribe. La universidad, muchas veces, en lugar de abrir la puerta a las expresiones indígenas, campesinas, de diversidad sexual, les cierra posibilidades. Un ejemplo es que, en la década de 1980, nos animamos a montar en Colombia un seminario latinoamericano de Trabajo Social junto al CELATS, en el que hice parte del comité académico-administrativo del equipo de educación continua. Mi labor consistía en trabajar dos ámbitos: la sistematización de experiencias y el análisis de la práctica profesional en diferentes partes de América Latina. En estas sesiones, realizamos talleres con profesionales del Trabajo Social, por áreas de intervención. En la Universidad de Antioquia comenzamos la discusión sobre cómo montar un evento en el que, comúnmente, primaban las conferencias magistrales, conferencias temáticas y mesas de trabajo acerca de los movimientos sociales y educación popular. Sin embargo, en lugar de bus-

car un experto en movimientos sociales, propuse invitar a alguien que hiciera parte del movimiento.

¿Por qué necesariamente tiene que ser el profesor o la profesora quien sabe de diversidad sexual? Me encontré con una barrera enorme que revela lo que realmente es la universidad: una cápsula llena de pensadores que detentan en su poder el conocimiento con el que, se supone, vamos a transformar o conservar la sociedad. Al final, logramos en un pequeño movimiento interno en el que conciliamos la presencia de un profesor o profesora junto con un líder o lideresa que representara cada movimiento: una solución salomónica. Pero lo que quiero señalar es que este caso es un ejemplo de cómo el conocimiento popular, el conocimiento común, no tiene cabida en la mayoría de nuestras universidades. Y nos resistimos a ello. Surge, entonces, la pregunta: ¿con qué conocimiento acompañamos los procesos de transformación social? ¿Desde la “experticia”? ¿Desde el academicismo cooptado por el modelo colonizador? Y lo digo desde mi propia experiencia: lo que estudié estaba plagado de autores y pensadores europeos. Parecía que los textos de América Latina no existían; que en América Latina no había pensadores y, menos aún, personas que escribieran sobre la realidad latinoamericana.

[ 263 ]

Resalto esto porque está directamente vinculado con nuestro quehacer universitario. Muchas veces, por ejemplo, lxs investigadores ocultan sus intereses investigativos, las razones que dan origen a sus preguntas de investigación. Esa reflexión me llevó a apartarme de la investigación, incluso después de haber recibido el premio Eloy Valenzuela a la mejor investigación realizada en la Facultad de Ciencias Humanas. Esta investigación fue una IAP que dio origen a una organización de trabajo asociado que funcionó durante 37 años. Nació a partir de la miseria que afrontaban colectivos de pobladores urbanos, llamados en ese momento “marginados”; hoy los llamaría excluidos. Junto con cinco estudiantes de Trabajo Social, fuimos al corazón de esa realidad extrema, en la que vivían en condiciones indignas 186 personas dedicadas a la recolección de reciclables en el basurero municipal. Quienes participaron contribuyeron también a la escritura de la investigación.

Con el tiempo comprendí que aprobar proyectos de ese tipo era muy difícil, porque implicaban una parálisis del academicismo al adentrarse en lo popular. Descubrí que la investigación estaba al servicio de *ran-*

*kings* y escalafones, vaciando el sentido original de pensar la investigación como una herramienta al servicio de la sociedad.

[ 264 ]

Muchas veces, el conocimiento queda engavetado y al servicio de una pequeña élite que, a su vez, lo comercializa. Esa distorsión de la práctica investigativa constituye otra de mis críticas al sistema universitario, ya que convierte todo en un formalismo que desvirtúa los fines del conocimiento. Al no estar al servicio de la sociedad, muchas veces ese conocimiento no se lee, nadie lo consulta. Otra crítica es que en las universidades carecemos de organizaciones fuertes. En la UIS, por ejemplo, tenemos la Asociación Sindical de Profesores Universitarios (ASPU), que posee conexiones a nivel nacional y tiene como bandera la defensa de la universidad pública, la mejora de la calidad educativa, el acceso de las clases populares a la educación, es decir, una apuesta por la equidad y gratuidad para el acceso a la educación. Pero si uno observa, la base social de ASPU es mínima: lxs profesores no se quieren asociar ni afiliarse. Desde ese punto de vista, ¿cómo pensar en una defensa de la educación pública desde la universidad?

Para ello, habría que hacer un trabajo con las subjetividades, transformar el chip del sentido común y colocar a las personas frente a la posibilidad de consolidar sus organizaciones. Pero esto exige trabajar el enamoramiento del sujeto hacia estos temas. No puede tratarse solo de verborrea ni de discursos vacíos; debe expresarse en las realidades concretas que vive el profesorado y, a partir de ahí, motivar un compromiso político en defensa de aquello que ejercemos: la educación y, en particular, la educación pública. Lo veo un tanto difícil. La base social es reducida, el nivel de participación es bajo, y en esto ha influido profundamente el modelo neoliberal, el individualismo. Nos cuesta trabajo participar.

**MJCS:** pero, Juan Manuel, específicamente en Trabajo Social, ¿qué nos podría decir al respecto? ¿Qué sucede en términos de organización gremial?

**JMLC:** vivimos una crisis de participación, y no me cabe duda de que tiene que ver con la ideología que portamos y con la incoherencia entre el pensar, el decir y el hacer. En Trabajo Social eso es muy claro. Yo lo he vivido en la universidad; muchas veces, al ponerlo en discusión, terminamos en confrontaciones personales muy graves, críticas y no me gusta cuando estas discusiones se personalizan. Por ejemplo,

si unx siempre está señalando y enseñando la importancia de la participación social a sus estudiantes, pero no participa en nada, muestra gran incoherencia. O si solo participa en aquello que está directamente alineado con sus intereses individuales o familiares, y el resto no le importa, no está realmente aportando a la transformación social. Así que ¿cuál es el compromiso político que tenemos entre nosotros?, ¿participamos al menos en una junta de padres de familia en la escuela donde estudian nuestros hijos? ¿Participamos en el colectivo que administra el edificio de apartamentos donde yo vivo? No, no participamos. Entonces, hay una crisis de participación y debemos resolverla de alguna manera; por ejemplo, mediante el debate público, utilizando medios de comunicación, de estímulo, de motivación. No hay otra forma.

[ 265 ]

En el Trabajo Social existen personas muy comprometidas, pero también he encontrado profesionales que son una contradicción completa. Por lo tanto, tenemos que recuperar la coherencia, sentirnos sujetos históricos, a partir del autoanálisis cuestionarnos con preguntas como: ¿quién soy?, ¿cómo pienso?, ¿cómo actúo?, ¿qué coherencia hay entre lo que pienso y lo que hago? Si no nos autoanalizamos, es muy complejo pensar en cambios de mentalidad y en transformaciones de actitud frente a la vida. Eso es algo que muchas veces olvidamos en la intervención social: que trabajamos con sujetos diversos, en quienes la subjetividad es fundamental y no solo con realidades del mundo material. Eso debemos tenerlo claro, porque seguiremos promoviendo una intervención social institucionalizada. Considero que, hoy más que nunca, debemos pensar en formas distintas de intervención que contribuyan a instituir realidades nuevas, partiendo de las particularidades, de las subjetividades, en contexto.

**BCS:** sin duda, creo que hoy en día también somos parte del engranaje de la máquina que es la universidad. En la batalla por el campo de la subjetividad, me parece que estamos viviendo una derrota porque estamos justamente detrás de ciertos criterios de productividad; estamos buscando el *paper* mejor posicionado para escalar en nuestra propia “jerarquización académica”. Hace unos meses me entrevistaron para un proyecto de investigación sobre capitalismo académico en investigadores entre los 40 y los 50 años. De ahí, recordé ese libro magnífico

[ 266 ]

que escribió Suely Rolnik, la brasilera, junto con Félix Guattari, en los recorridos por Brasil. En ese texto señalan que el proceso de la subjetivación sería más importante que la lucha por el petróleo y la lucha por la energía. Y eso lo escribieron, aproximadamente, en la década de 1980. Hoy esa situación es aún más extrema y la lucha por la subjetividad parece perdida, pues la participación se reduce a una transacción, especialmente visible en los procesos electorales, y en las clases populares se ve aún más acentuada. En Chile, por ejemplo, pasamos del voto voluntario al voto obligatorio, dependiendo del periodo de gobierno. Por esto me interesa tanto el tema de las “prácticas menores”, que se vincula con lo que mencionas sobre la Investigación de Acción Participativa, tan importante para el Trabajo Social y la Psicología Comunitaria, con referentes como Ignacio Martín Baró y otros que estuvieron profundamente implicados en procesos comunitarios. Ha sido muy ilustrativo escucharte, Juan Manuel. Te agradezco sinceramente la conversación porque fuimos de lo global a lo micropolítico. Señalo que no tengo ningún afán de transformar nada porque me siento muy pequeño para eso.

**MJCS:** Considero que debemos analizar la relación de la intervención con la transformación, teniendo en cuenta el planteamiento de Juan Manuel, en el sentido de que dicha relación no es únicamente material. Aquí cabrían preguntas por la desobjetivación, la desnaturalización y el desanclaje en nuestros procesos. En concreto, podríamos cuestionarnos de qué maneras nuestras intervenciones tendrían que desentrañar aquellos fenómenos sociales instaurados con eficiencia por el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. A mi juicio, este ámbito exige una labor rigurosa de un Trabajo Social proclive a fomentar discusiones acerca de lo que ustedes plantean como subjetivaciones, pero, además, amerita utilizar otras herramientas como, por ejemplo, los estudios de los discursos o los análisis de las representaciones sociales hasta comprender cómo se instalan y operan tales discursos y representaciones en la sociedad.

Con todo, esta conversación nos permite aclarar las relaciones del Trabajo Social con los movimientos por la educación superior pública. Resalto en Juan Manuel esa constante formación en conexión con su práctica, al igual que los modos en los cuales sus referentes son conjugados para potenciar procesos resignificadores del Trabajo Social.

**JMLC:** Muchísimas gracias Maira por sus palabras. Yo quisiera decir que no es dissociable el tema de la subjetividad con el tema de la representación social. He trabajado mucho en la intervención social a partir de los universos vocabulares y los sentidos que estos universos encierran. Es decir, los sentidos de las palabras y la terminología que utiliza la gente cuando se refiere a su vida, a su ser, a sus relaciones sociales, a su posición social. Por ahí comienza el escudriñamiento de la subjetividad. Esto permite observar caminos posibles para transformar aquello que esté cooptado en el sentido común por parte del discurso dominante. Es un tema que puede ser profundizado por el Trabajo social, pues la indagación sobre el sentido y el significado de las palabras revela los sentidos que cada persona construye. Lo anterior tiene lugar no solo en términos científicos de la teoría del lenguaje, sino pensando en la palabra cotidiana, como se da en el texto sobre Antonio Gramsci y el Trabajo Social publicado por la UTS. Esa discusión la hemos dado, por supuesto, de la experiencia en intervención que hemos tenido a lo largo de nuestra práctica profesional.

[ 267 ]

Otro elemento importante que aparece es el del concepto del “sentido común”. Trabajar con este tema implica una apuesta contrahegemónica a partir de experiencias situadas. Asimismo, la subjetividad se relaciona con la motivación y el enamoramiento, los afectos, las relaciones vinculares afectivas. Hay que hacer que los sujetos se enamoren de una propuesta que, aunque en principio parezca irrealizable, en el camino puede transformarse en algo realizable y dotado de sentido, por ejemplo, la asistencia. De este modo, hemos desarrollado procesos en los que los sujetos se transforman a partir de acciones de cambio que ellos mismos generan. Eso es lo que llamo intervención social. Entonces, ni la asistencia es separable de los avances en un proceso liberador y emancipador, ni la lectura o comprensión del discurso pueden desvincularse de las representaciones sociales y del lenguaje. Es lo que hemos experimentado en la práctica concreta de la intervención social.

**MJCS:** para cerrar, agradezco a Juan Manuel su participación en este diálogo. Ciertamente, maestro, sus palabras oxigenan el Trabajo Social.

**Maira Judith Contreras Santos**  
**Borja Castro Serrano**